

SAN GREGORIO NISENO

**DIALOGO SOBRE EL ALMA
Y LA RESURRECCION**

Versión castellana de

Luis M. de Cádiz

Licenciado en Sagrada Teología
y Bachiller en Derecho Canónico por la
Universidad Pontificia Gregoriana

Serie

Los Santos Padres

N.º 30

APOSTOLADO MARIANO

Recaredo, 44
41003 - Sevilla

Depósito Legal: SE-2003-1990

I.S.B.N.: 84-7770-190-3

IMPRESO EN ESPAÑA-PRINTE IN SPAIN

Imprime: Gráficas Mirta S.A., Polígono Calonge, calle A, Parcela 10, Naves 7 y 9, 41007 Sevilla

PROLOGO DEL TRADUCTOR

EL HOMBRE Y SUS ESCRITOS

I

El divino Gregorio, obispo de Nisa, nació en Sebaste (Capadocia) hacia el año 330. Fueron sus padres Basilio el Viejo y Emilia. Pocas veces encontramos en la historia del Cristianismo una familia que haya dado tantos santos a los altares. Merecieron tal honor su abuela Macrinia, educada en la escuela de San Gregorio Taumaturgo; sus padres, Basilio y Emilia, y sus hermanos Basilio el Grande, obispo de Cesarea de Capodocia y padre de los monjes de Oriente; Pedro, obispo de Sebaste; Macrinia, la primogénita, y Naucracio, monje solitario lo mismo que su hermana. No tiene por lo tanto nada de extraño que también Gregorio Niseno fuera venerado como santo, apenas dejada esta vida mortal, cumpliéndose así una vez más el dicho español "de tal palo, tal astilla".

No se crea que la del Niseno fue una santidad más bien ingenua y pasiva, al estilo de la de San Francisco de Asís, pues en aquellos tiempos difíciles en que la Iglesia, salida apenas de la oscuridad protectora de las catacumbas, era víctima del zarpazo del Arrianismo y "el mundo se asombró de verse arriano", era tan necesaria la fe como la ciencia, la virtud como la pluma, para volver a la sencillez de la Iglesia primitiva, fijar definitivamente los dogmas revelados y celosamente transmitidos, pero no conocidos todavía en su integridad, y salir a la palestra, ya contra el paganismo, que todavía coleaba y estaba al acecho para recobrar su antiguo predominio, ya y sobre todo contra las muchas sectas que entonces pululaban: los donatistas, los arrianos, los macedonianos y los apolinaristas. Era también preciso para eso no limitarse al estudio de la doctrina revelada para esgrimirla contra los adversarios (¿qué valor podía tener contra los que no la admitían?) y buscar el apoyo

de la filosofía para demostrar que las doctrinas reveladas no estaban en oposición o no repugnaban a los dictámenes de la recta razón. La tarea era ingente y sobrehumana, pero los dirigentes eclesiásticos la acometieron sin vacilar y con tanto lucimiento y eficacia que el período comprendido entre los años 300 y 450, entre la actuación de San Atanasio y el Concilio de Calcedonia, es conocido con el glorioso título de Edad de Oro de la Iglesia. Es el período del apogeo de las grandes escuelas de Alejandría, de Antioquía y de Cesarea de Palestina.

Entre la pléyade brillante de aquellos hombres eminentes, que en su mayoría fueron a la vez ascetas, monjes, obispos, teólogos y filósofos, encontramos en Capadocia, como representantes de la Escuela Alejandrina, a San Basilio el Grande, a San Gregorio Nacianceno y a San Gregorio Niseno, triunvirato conocido por los "tres capadocios". Una frase feliz ha hecho fortuna para expresar el carácter de cada uno de esos hombres: San Basilio era el brazo que ejecutaba, San Gregorio Nacianceno los labios que hablaban y San Gregorio de Nisa la cabeza que concebía. ¿Se ha querido expresar que cada uno de los tres era exclusiva y respectivamente brazo, pico de oro y filósofo? Eso sería una vanalidad. Se quiso ponderar lo predominante, no lo exclusivo, en cada uno de ellos. El Niseno no poseyó la ciencia de gobierno de Basilio, ni la clara y elegante elocuencia del Nacianceno. Gobernó, predicó, pero más que nada fue un teólogo y un filósofo no vulgar. Dio preferencia a las enseñanzas de la Sagrada Escritura; pero a la luz de la razón intentó hacer ver que no existe discrepancia entre la fe y las doctrinas admitidas por la recta razón. ¿Cómo podía haber discrepancia, si Dios es el autor de la fe y de la razón? Por eso rechazó de lano aquellas opiniones filosóficas que no llevaran el "sello de la Escritura". Lo comprobará el lector en el curso del diálogo acerca del alma y la resurrección.

Las preferencias del obispo del Nisa por la filosofía no fueron cosa tardía. Ya desde su juventud lo vemos dedicarse al estudio de la filosofía y de la elocuencia, hasta el punto de que Suicidas le llama "elocuentísimo" y Gottlieb-Cristope Harles refiere que los antiguos le tuvieron por "igual a Basilio en doctrina, ingenio, letras y no inferior a él en erudición, amenidad de estilo, agudeza y autoridad científica" (1). Tanto aprovechó en esos estudios que llegó a ser ilustre entre los ilustres oradores y retóricos. ¿Fue entonces cuando

contrajo matrimonio con Teosebia? Que el Niseno fue casado lo dice Nicéforo Calixto (2). Pero hasta el presente es una cuestión no aclarada suficientemente, a pesar de algunas frases dudosas del mismo Gregorio. Sin embargo, asegura Harles que el Nacianceno le dio el pésame por la muerte de su esposa (3).

Luego se dedicó a la vida monástica en la comunidad de ascetas fundada por San Basilio a orillas del Iris y se entregó de lleno al estudio de la teología y de las Sagradas Escrituras. En el año 372 fue elegido y consagrado por su hermano Basilio obispo de Nisa y parece que su inconstancia le llevó nuevamente a los estudios profanos, lo que le valió una reprimenda del Nacianceno (4). De todas maneras, antes y sobre todo después de su elevación al episcopado, se distinguió por su campaña contra la herejía arriana, por haber iluminado con su sabiduría a los hombres de buena voluntad y por haber emprendido con esos mismos fines frecuentes y molestos viajes en los que no le faltó el aliento de parte de San Gregorio Nacianceno (5). Como era de esperar, la reacción y el odio de los arrianos no tardaron en manifestarse con violencia y se dieron trazas para que Gregorio fuese depuesto del obispado de Nisa el año 376. Dos años después, habiendo muerto el emperador Valente, fue repuesto por el emperador Graciano.

Asistió al Concilio de Antioquía (año 379), al II Ecuménico de Constantinopla (año 381) y a otro celebrado en esa ciudad el año 394. Fue en el segundo ecuménico donde gozó de tanta autoridad que fue considerado por sus colegas como el continuador del pensamiento del gran Basilio elegido por la Providencia para afianzar el triunfo de la ortodoxia. Y el emperador Teodosio, patrocinador del Concilio mencionado de acuerdo con el Papa Dámaso, le distinguió entre todos los obispos como prenda de la verdadera doctrina católica. En esa gran asamblea fueron condenados los macedonianos o pneumatómacos que negaban la divinidad del Espíritu Santo. Fue también en Constantinopla donde pronunció la oración fúnebre a la muerte del gran Melecio, obispo de Antioquía, y por los años 384 y 386 las de la princesa Pulqueria y de la emperatriz Placilla. Estas maravillosas piezas oratorias puyeden verse en Migne (6). Parece haber sido designado para ocupar la sede de Cesarea de Capadocia, vacante por la muerte de San Basilio ocurrida el año 379 (7). Después del año 394 no hay ninguna huella de él. Lo único que se sabe es que murió ya anciano, pues así lo hace

constar él mismo en varios de sus escritos: De professione christiana, De virginitate y De infantibus qui ex utero præmatura abripiuntur. El Martirologio Romano, día 9 de marzo, hace su elogio con pocas pero expresivas palabras: "En Nisa la deposición de San Gregorio obispo, hermano de Basilio el Grande, muy esclarecido por su vida y erudición, que por defensa de la fe fue expulsado de su ciudad bajo el emperador Valente que era arriano". El Menologio Griego, día 10 de enero, es bastante más expresivo. Los Coptos celebran su fiesta el 14 de octubre y el 22 de noviembre.

II

Mucho se ha disputado acerca del origenismo de San Gregorio de Nisa. Su filosofía fue en general la neoplatónica (como la de San Agustín y la de los otros Santos Padres y escritores eclesiásticos hasta el siglo XI) y uno de sus maestros fue Orígenes. ¿Se contagió el Niseno de los errores atribuidos al Diamantino? Esta cuestión nos interesa, pues una de las obras filosóficas en que se suponen deslizados aquellos errores es precisamente el "Diálogo sobre el alma y la resurrección".

Ya hemos visto que los Padres del II Concilio Ecuménico acogieron y proclamaron a San Gregorio de Nisa como heredero del pensamiento de San Basilio destinado por la Providencia para asegurar el triunfo de la ortodoxia, como guía decisiva. La comunión con él se hizo prueba de ortodoxia, dice Marshall Campbel en las decisiones de largo alcance de aquel concilio y tuvo una amplia si no rectora participación en la invención de los términos técnicos que contiene la doctrina de la Trinidad (8). No obstante, Dalleo, Casimiro Oudin, Schroeckh, Semler y Casaubon acusan al obispo de Nisa de defender la doctrina origenista de la apocatástasis, a saber: la salvación alguna vez de todos, aun de los condenados al infierno y hasta de los demonios. Basta leer el diálogo con Macrina para convencernos de que ese error se deslizó en la doctrina sobre el alma y la resurrección, así como de que enseñó la suspensión de la eterna bienaventuranza y la purificación hasta el día de la resurrección de los cuerpos y otros deslices de menor cuantía que nosotros iremos señalando oportunamente para poner en guardia a los lectores.

¿No hay ninguna defensa para Gregorio de Nisa? Tiene un buen defensor, no sospechoso de parcialidad, en San Germán, Patriarca de Constantinopla; en Focio, también Patriarca de Constantinopla; en Natal Alexandro, en León Allacio y otros. Trasladamos aquí las palabras de Focio, quien a su vez transcribe las de San Germán: “He leído el libro de que es autor Germán, que primero fue ordenado en Cyzico y luego fue Patriarca de Constantinopla, libro titulado “Sobre la verdadera y legítima retribución que ha de darse a los hombres según hubieren vivido”. Defiende a Gregorio, obispo de Nisa, y a los escritos de éste de ser inmunes del error de Orígenes. Porque aquéllos, a quienes place el delirio de que a los demonios y a los condenados a la pena eterna les espera la liberación, reconociendo que aquel varón es singular por su doctrina e insigne por su elocuencia y viendo la preclara estimación de santidad proclamada por los labios de todos, emprendieron la tarea de mezclar a sus claros y salvadores escritos los oscuros y perniciosos venenos del sueño de Orígenes y de ocultar la herética locura bajo la virtud y la celebrada doctrina de aquel hombre. Por lo cual se empeñaron en falsear muchos de sus irrepreensibles documentos, ya intercalando muchas falsedades, ya cambiando violentamente el sentido recto de algunas expresiones... En una palabra, declara todos los escritos de este santo padre inmunes de toda maldad herética y de la calumnia que va a parar a la impiedad... Los libros que asediaron los herejes y que Germano, principal defensor de la verdad, salvó del insulto de los ladrones, son: “Diálogo con Macrinia su hermana acerca del alma”, el “Libro Catequístico” y el “Libro sobre la vida perfecta” (9). Por lo que hace al libro sobre la catequesis, al menos el final no es del Niseno, pues en esa parte se habla de Severo, abanderado de los Acéfalos, que vivió muchos años después de la muerte de Gregorio, como observa el insigne jesuita Frontón Duceo (Frontom-Du-Duc) en sus notas a dicha obra.

Acerca de la postergación de la bienaventuranza y de la satisfacción en el purgatorio hasta después de la resurrección general de los cuerpos, sólo nos interesa consignar que no es Gregorio el único de los Santos Padres que defienden esa opinión. De ella disputaron los Franciscanos y Dominicos en tiempos del Papa Juan XXII y Calvino siguió ese mismo parecer. La cuestión fue definida por el Papa Benedicto XII en su constitución “Benedictus Deus”, 29 de enero de 1336, en el sentido de que tanto las almas de los justos

cuanto las de los condenados al infierno comenzarán a disfrutar o a penar, según los casos, inmediatamente después de la muerte, salvo en el caso de los justos que antes hubieren de pasar por el purgatorio. Antes de la definición pontificia el asunto era de libre discusión y por lo tanto ni los Padres Griegos ni los escritores eclesiásticos que defendieron un parecer contrario al de Benedicto XII pueden ser censurados con ninguna nota de heterodoxia (10).

III

San Gregorio Niseno cultivó todos los géneros de la literatura cristiana: exegético, dogmático, polémico, ascético y epistolar.

La exégesis es unas veces literal y otras alegórica. Discípulo de Orígenes se excedió un poco en los alegorismos, más que sus compañeros Basilio y Gregorio de Nacianzo. Lo vamos a comprobar en el diálogo con Macrinia, especialmente en la parábola de la cizaña y en el relato del rico Epulón y Lázaro. Son monumentales sus obras de este género que versan sobre la formación del hombre; sobre los seis días de la creación, en respuesta a su hermano Pedro acerca de algunos puntos oscuros y aparentes contradicciones. La “Vida de Moisés” es una pura alegoría, pues el gran conductor del pueblo judío es presentado como modelo de la vida cristiana y de la elevación del alma a Dios. Tanto en esta obra cuanto en el Diálogo con Macrinia funda la posibilidad del conocimiento de Dios en la semejanza del hombre con Dios y en la armonía de la creación. El alma que consigue elevarse sobre los sentidos, adquiere un conocimiento intuitivo, raro y extraordinario, pero limitado por las condiciones personales. Parece haber sido tomada de Plotino y Filón esa última teoría del conocimiento, que han seguido posteriormente muchos pensadores y místicos cristianos. Algunos autores señalan en la “Vida de Moisés” muchas coincidencias con el “Fausto” de Goethe (11).

En el tratado “Sobre la Pitonisa” sostiene con Metodio y Eustato de Antioquía, contra la opinión de Orígenes, que fue el demonio, no el profeta, quien se apareció a Saúl. Sumamente alegóricos son los escritos sobre los títulos de los salmos. Hacemos caso omiso de sus muchas homilías.

El tratado dogmático “Contra Eunomio” es una obra maestra contra el anomeísmo. Eunomio escribió una “Apologética” que fue rudamente atacada por San Basilio. Pero el heresiarca se defendió en su “Apología de la Apología” que a su vez combatió San Gregorio en su “Contra Eunomio”. Contra Apolinar escribió dos tratados: uno más corto y otro llamado “Antirrheticus” que es la obra más notable escrita contra aquel hereje. Se conservan de él varios escritos sobre el Espíritu Santo contra los macedonianos y sobre la Santísima Trinidad. El escrito contra el fatalismo astrológico cierra la obra polémica del Niseno.

La “Gran Catequesis” es un hermoso compendio de los dogmas fundamentales del Cristianismo y el medio más adecuado para conocer la teología del santo obispo. De contenido ascético son el tratado “Sobre la Virginidad”, la “Vida de Santa Macrinia” y varios escritos sobre la vida cristiana y monástica.

Los discursos versan sobre los más diversos temas y consta que gozaba su elocuencia de la estima y consideración de la corte de Constantinopla, a pesar de ser algo artificiosa y excesivamente estudiada. Entre las veintiséis cartas que de él se conservan, es notable la segunda, porque en ella reprende los abusos que se cometían en las peregrinaciones a los santos lugares. Más tarde dirá Tomás de Kempis que rara vez se santifican los que viajan mucho.

Respecto al estilo literario del Niseno, basta referir lo que trae el Patriarca Focio al comparar su estilo con el de otros, principalmente con el de su adversario Eunomio. Pues, mientras dice de este último que desconoce hasta la existencia de la gracia y la belleza, que ostenta una prodigiosa jactancia, un sonido estridente, unos períodos largos con exceso, mucha oscuridad e incertidumbre, un colocarse por encima de la capacidad de los oyentes y lectores y un abuso de las reglas de la lógica, al hablar de San Gregorio se expresa de este modo: “El estilo es el que corresponde a un retórico ilustre y destila un gran placer en los oídos de los que le escuchan. Es más conciso que el de Teodoro y más difuso que el de Sofronio, pues abunda en entimemas y ejemplos. Pero no pienso dejar de consignar que Gregorio sobrepuja a Teodoro en hermosura, esplendor y maravilloso deleite y que se esfuerza en superarlo con la abundancia y fecundidad de los argumentos... Con razones poderosas ataca a Eunomio, lo tritura violentamente y destruye todos los fundamentos de la impiedad” (12).

IV

El supuesto diálogo, que pronto van a saborear nuestros lectores, entre San Gregorio Niseno y su hermana Macrinia, nunca tuvo lugar. Se trata de una disertación del famoso capadocio sobre el alma y la resurrección de los cuerpos, disertación a la que dio forma dialogal, ya por ser un género literario muy cultivado en la antigüedad, ya para imitar a Platón que en el “Fedón” trata de la inmortalidad del alma. Al elegir a Macrinia como mantenedora y maestra de la tesis que Gregorio defiende y que simula impugnar, no hace otra cosa que reconocer la piedad y la doctrina ortodoxa de su hermana que en realidad, por ser la mayor de todos sus hermanos, había sido maestra de todos. Es lo mismo que hizo Platón con el famoso y admirado Sócrates.

No es posible dudar de la paternidad de Gregorio con respecto a estos diálogos tan interesantes, en los que el obispo de Nisa demuestra sus profundos conocimientos de la filosofía, de la historia, de la teología y de la Sagrada Escritura. Nunca se puso en duda esa paternidad y hubiera sido en vano, porque los testimonios contemporáneos y posteriores abundan hasta la saciedad.

Omitimos las referencias a las numerosas ediciones griegas, latinas y bilingües que hasta el presente han visto la luz. Nuestra edición, la primera que aparece en lengua castellana, es versión de la latina de Lorenzo Sifano editada en los famosos talleres parisieneses de Gil Morel, el año 1638, juntamente con las demás obras de San Gregorio, en tres volúmenes en folio. Por cierto que en la Biblioteca Nacional de Buenos Aires hay un hermosísimo y clarísimo ejemplar que dice muy bien de la tipografía moreliana y del celo personal de la biblioteca por el esmero puesto en su conservación. La edición de Migne, que es la misma moreliana cotejada con la versión de J. Jorge Krabinger, se encuentra en la Serie Griega, vol. XLVI, que es el tercero de las obras de San Gregorio Niseno. Desgraciadamente, dicho sea de paso, los diálogos con Macrinia, en el ejemplar de Migne que posee la Biblioteca Nacional, están faltos de treinta y tres columnas y en lugar de ellas hay otras tantas columnas de otras obras de Gregorio. Esto fue lo que me obligó a echar mano de la edición moreliana. La de Migne va precedida de un prólogo de J. C. Wolf, tomado de su “Anécdota Graeca sacra et profana”, tomo II, Hamburgo, 1722, y acompa-

ñada de unas notas de carácter filológico en que se hacen constar las variaciones introducidas por Wolf en la edición de Morel y que él mismo confiesa haber tomado de dos códices, pertenecientes respectivamente a la Biblioteca Uffenbachiana y a la de Zacarías Haselmann. De esas notas hemos prescindido porque en nada interesan a los lectores. En cambio, por la razón contraria, hemos incluido unos cuantos escolios marginales de la edición de Morel debidos probablemente a la pluma de los amanuenses.

Quien diere un vistazo a la edición bilingüe de Morel comprobaría inmediatamente que a lo largo de ella no hay ni “un punto y aparte” desde el principio hasta el fin. Ni siquiera se indican con los nombres de Gregorio y Macrinia las partes correspondientes a cada uno de ellos. Las dos columnas (griega y latina), colocadas una al lado de la otra, me han causado la impresión de dos carreteras interminables y paralelas, sin recodos, sin un ventorrillo, sin una fuente, que he debido recorrer durante dos largos meses, con la agravante de que no se ha tratado de carreteras llanas, sino de caminos empedrados, cubiertos de baches, entre tinieblas y oscuridades de lenguaje, de construcciones dificultosas, de períodos tan largos que a veces superan la extensión de una columna. Con unos “dije” y “dijo”, intercalados entre dos comas, se despacha Sifano en Morel. Algo alivia Migne su edición; pues, además de haber acortado algo los períodos, separa los párrafos de los interlocutores con las iniciales mayúsculas de sus nombres.

Por todas estas razones, y creyendo hacer un obsequio a los lectores, me he permitido introducir las siguientes modificaciones en la estructura exterior de la obra: primera, con los nombres completos de Gregorio y Macrinia hemos indicado el comienzo de los párrafos que corresponden a cada uno de los interlocutores; segunda, hemos acortado los períodos excesivamente largos con punto y seguido y a veces con punto y aparte, cuando el asunto lo ha permitido; tercera, hemos dividido el diálogo en dos partes: Naturaleza y Propiedades del Alma y Resurrección de los Cuerpos, indicadas con números romanos y precedida la primera de lo que en el escrito viene a ser una especie de prólogo o introducción del mismo Gregorio. Este prólogo del autor y las dos partes indicadas van subdivididos en números señalados con cifras arábicas y con título alusivo al contenido de ellos; cuarta, además de los escolios de los copistas antiguos, a que ya nos hemos referido, hemos colocado al

pie de las páginas algunas notas aclaratorias de nuestra cosecha, que serán de no poca utilidad al lector, principalmente al no iniciado en asuntos teológicos o filosóficos.

Buenos Aires, 29 de junio de 1951

LUIS M. DE CADIZ

NOTAS

1. *Biblioteca de Fabricio*, edic. de Harles, en Migne *Pat. Griega*, vol. XLIV, col. 9.
2. *Ecclesiasticae Historiae*, Lib. XI, cap. 29.
3. Gregorio Nacianceno, *Epístola 95*.
4. Gregorio Nacianceno, *Epístola 34*.
5. Gregorio Nacianceno, *Epístola 34*.
6. *Patrología Griega*, vol. XLVI, cols. 851-892.
7. *Prólogo a las ediciones latinas de San Gregorio Niseno*, en Migne, *Pat. Griega*, vol. XLIV, cols. 57 y sigs.
8. Véase James Marshall Campbell, *Los padres Griegos*, II, págs. 63-64. Edit. Nova, Bs. As., 1948.
9. Focio, vol. 133, en Migne, *Pat. Griega*, vol. XLIV, cols. 51-52.
10. Véanse: Palmeri, *De Novissimis*, núm. 18; Gabriel Huarte, *De Deo Creante et Elevante ac de Novissimis*, prop. XXX, Roma, 1917.
11. James Marshall Campbell, *op. cit.* págs. 63-64.
12. Focio, en Migne, *Pat. Griega*, *Prolegómena Editionis Morellianae*, cols. 45 y sigs.

INTRODUCCION DEL AUTOR

1. *Ocasión de estos diálogos. Desesperación de San Gregorio por la muerte de su hermano San Basilio el Grande, a pesar de los consuelos de su hermana Santa Macrinia.*

Habiendo Basilio, grande entre los santos, volado de la vida humana a Dios, siendo general el llanto de las Iglesias, y como la hermana y maestra de la vida le hubiese sobrevivido, yo acudí a ella con mucha diligencia para conversar acerca de la calamidad sobrevenida a causa de la muerte del hermano (1). Mi alma, una vez recibido aquel duro golpe, se hallaba dominada por la angustia y el dolor, con tal vehemencia que necesitaba un compañero que llorase consigo y con quien compartiese la pesadísima carga de su aflicción. Cuando me hallé en presencia de la maestra, abrió nuevamente en mi alma las heridas de mi dolor, porque ella era también víctima de una enfermedad mortal (2). Pero ella, como suelen hacer los muy experimentados en el arte de domar potros, me permitió alejarme un poco por el ímpetu del dolor. Pero luego se empeñaba esforzadamente en reprimirme con súplicas y en contenerme con razones, dirigiendo como con un freno el efecto de mi alma, descompuesto, indecoroso y desordenado, e invocaba la autoridad de aquella frase del Apóstol de que *no conviene dejarse dominar por la tristeza con ocasión de los que fallecieron, pues eso sólo suele ocurrir a los que no tiene esperanza* (3).

2. *El dolor y el temor a la muerte es inherente al hombre y querer cohibirlo es imposible, a pesar del consejo del Apóstol.*

GREGORIO.—Y yo, como mi corazón por todas partes ardiese y despidiese llamaradas a causa de la fiebre y del dolor,

le replicaba: ¿Cómo es posible que los hombres puedan hacer tal cosa, pues los celos y los lamentos contra la muerte son naturalmente inherentes a todos y cada uno, y los que ven a otros morir no pueden fácilmente alimentar esperanza, y aquellos a quienes la muerte amenaza la rehúyen por todos los medios a su alcance? Por otra parte, si las mismas leyes, de que nos servimos y por las cuales somos gobernados, la juzgan como mal extremo tanto en las hechicerías cuanto en los suplicios, ¿por qué causa y con qué razones puede conseguirse que alguno estime como una nonada para los que mueren la separación y el alejamiento de las cosas externas y ajenas y mucho menos de las cercanas y necesarias? La propia experiencia nos enseña que todo el empeño de los hombres tiende a perdurar en la vida. Nosotros, en efecto, hemos inventado nuestras moradas, para impedir que nuestro cuerpo sea afligido y consumido por el calor o el frío del aire que nos rodea. ¿Qué otra cosa es la agricultura sino provisión y subsidio de la vida? El cuidado y la solicitud de la vida es estimulado por el miedo a la muerte. ¿Qué otro objeto tiene la medicina y por qué los hombres la tienen en tanto honor? ¿No parece en verdad que ese arte lucha en cierto modo con la muerte? ¿Por qué motivo, sino por el miedo a la muerte, se fabrican las corazas, las cotas de mallas, los escudos, las polainas, los yelmos y todas las otras innumerables armas con que los hombres alejan de su cuerpo la violencia, y se construyen las torres de las murallas, las puertas de hierro, las protecciones de los fosos y demás cosas de esa naturaleza? Siendo, pues, la muerte una cosa tan terrible y tan espantosa, ¿quién se atreve a ordenar a un sobreviviente que permanezca libre de melancolía por la muerte de otro? (4).

MACRINIA. — ¿Por qué causa principalmente, dijo la maestra, te parece por sí misma tan acerba y tan molesta la necesidad de la muerte? No es razón suficiente para hacer cargos y lamentarse la costumbre de aquellos que menos se sirven de la razón.

GREGORIO. — ¿Por ventura no es cosa digna de tristeza ver a aquel que poco ha vivía y conversaba, sin espíritu, sin voz, repentinamente inmovilizado, apagados todos los órganos e instrumentos naturales de los sentidos, sin ojos, sin oídos, sin que tenga actividad ni desempeñe su misión ninguna de aquellas cosas que los sentidos perciben, de las cuales se sirven y reciben ayuda? Y remuevas su cuerpo con el fuego o el hierro, ya lo despedaces

con la espada, o que lo expongas a los asaltos de las fieras carnívoras, o que lo sepultes en la tierra, a todo permanece indiferente. Viendo, pues, que en esas cosas consiste la mutación y siendo incierto el lugar adonde se ha refugiado o se oculta aquella causa vital, cualquiera que ella sea, una vez substraída repentinamente a la vista y extinguida, como ocurre en la lámpara apagada, cuando la llama, que poco ha estaba encendida en ella, ni permanece en la torcida ni pasa y se retira a otro lugar, sino que se convierte y pasa a la extrema destrucción y extinción, ¿cómo es posible que cambio tan notable pueda ser soportado sin gran aflicción del alma que no es consolada por nada seguro y cierto? Pues, a la nueva del tránsito del alma, vemos perfectamente lo que ha quedado, pero ignoramos lo que se ha separado y disgregado, cuál sea su naturaleza, en qué se ha convertido, a qué se haya reducido, no en aire, ni en tierra, ni en agua, ni en cualquier otro elemento que muestre en sí aquella virtud que ha salido del cuerpo: una vez escapada y substraída esa virtud, lo que queda, muerto está y sujeto a corrupción (5).

Habiendo dicho esas cosas la maestra me impuso silencio con la mano.

MACRINIA.—¿Por ventura —dijo— te ha perturbado un miedo tan grande y de tal modo ha oscurecido tu mente como si el alma no permaneciese siempre y llegase a dejar de existir al disolverse el cuerpo?

3. *Si el alma no subsistiera después de la disolución del cuerpo, la virtud sería una cosa vana y carecería de fundamento.*

GREGORIO.—Pero yo (pues todavía no había substraído mi razón a la angustia y la perturbación), sin pensar mucho en lo que se me decía, respondí con audacia y desvergonzadamente. Pues dije que las palabras divinas eran semejantes a los preceptos y a los edictos, en los cuales, queramos o no queramos, estamos obligados a creer; que es preciso que el alma permanezca perpetuamente, pero que no hay ninguna razón que nos lleve a semejante parecer. Nos parece en efecto que la mente allá en nuestro interior aprueba servilmente por miedo lo que se le manda, pero que no asiente con un movimiento voluntario a las cosas que se le dicen. Por lo que ocurre que nos apesadumbramos más grave-

mente por los muertos, ya que ignoramos plena y exactamente que todavía existe por sí sola esa causa vivificadora, dónde y cómo, o si de ninguna manera existe. Porque la incertidumbre, que realmente existe, hace iguales ambas opiniones. A muchos les parece una cosa; a muchos otros, lo contrario; y ciertamente hay entre los Griegos algunos, tenidos en no poca estimación como filósofos, que opinaron esas cosas y las defendieron (6).

MACRINIA.—Deja a un lado las bromas con las cuales el padre de la mentira fabrica falsas opiniones con probable detrimento de la verdad. Fíjate en que sentir de esa manera acerca del alma no es otra cosa que ser ajeno a la virtud; esperar solamente en lo que al presente es suave y placentero y desesperar de aquella vida, que ha de durar por siglos infinitos y por la cual sola la virtud es eminente y superior.

GREGORIO.—¿Y de qué manera, dije, podemos tener una opinión firme, estable, fija e inmutable, por la cual creamos que el alma permanece? Pues yo también pienso que la vida del hombre habría de carecer de la cosa más hermosa de todas (hablo de la virtud), si no hubiere en nosotros una fe cierta, no ambigua sino firme, acerca de este asunto. ¿Pues cómo podría tener la virtud lugar en aquellos que tienen la persuasión de que lo que existe se circunscribe a la vida presente y que nada esperan después de ella? (7).

NOTAS

1. San Basilio el Grande, obispo de Cesarea de Capadocia, murió el 1 de enero del año 379 llorado por tirios y troyanos. Sus honras fúnebres fueron triunfales y pronunciaron panegíricos su hermano San Gregorio de Nissa, San Anfiloquio, San Efrén y San Gregorio Nacianceno.

2. Santa Macrinia, la mayor de los hermanos, cayó gravemente enferma unos meses después de la muerte de Basilio. Murió en diciembre del año 379, pero su fiesta se celebra el 15 de julio.

3. *Nolumus autem vos ignorare fratres de dormientibus, ut non contristemini sicut et ceteri, qui spem non habent*, (q Tes. IV, 13).

4. La muerte es sin duda el mayor mal que puede sobrevenir a una persona y por ese motivo podemos temerla. Además separa a las personas queridas. San Pablo recomienda sufrir ambas desgracias con moderación, pues la muerte es un sueño, una *dormición*, como dicen los griegos, después de la cual resucitaremos y volveremos a ver a los que la muerte nos llevó.

5. Realmente los sentidos corporales no perciben ninguna huella de la existencia posterior del alma. ¿Acaso puede verse lo incorpóreo? Pero, ¿no dice nada la mente? A los que sólo admiten los sentidos como fuente de conocimiento podemos aplicarles estas palabras de Cicerón: "Nada veían con la mente; todo lo juzgaban por los ojos" (Tusc., lib. I).

6. Más adelante, nos dirán los interlocutores cuáles fueron esos filósofos. Anaximandro y Anaxímenes no quedarán bien librados, así como algunos de los sofistas: Protágoras, Gorgias Leontino y otros, sin dejar atrás a los atomistas.

7. El argumento es concluyente. ¿Merece la práctica de la virtud los grandes sacrificios que ella lleva consigo, si no existe una vida posterior de recompensas o de castigos?

EXISTENCIA, NATURALEZA Y ATRIBUTOS DEL ALMA

1. *Planteamiento de la cuestión. Papel opositor de Gregorio y ortodoxo de Macrinia. Protestación de la fe de Gregorio. Sea o no distinta de los elementos, objeta Gregorio, el alma se disuelve como aquéllos después de la muerte.*

MACRINIA.—Luego es necesario buscar, dijo la maestra, algo conveniente y adecuado por lo que podamos dar comienzo a tratar de esta cuestión. Y, si place, tú te puedes encargar del apoyo y defensa de las opiniones y pareceres contrarios. (Pues veo que también tu alma está agitada y que te agrada ser representante de ellas.) De ese modo, después de la oposición, vendrá como una exigencia la razón de la verdad.

GREGORIO.—Después de haber determinado proceder de esa manera, habiéndole rogado que no se tuviese por seria y verdadera contradicción las cosas que nosotros contradijéramos (1), sino que únicamente se profiriesen para establecer firmemente y aprobar la doctrina acerca del alma, una vez resueltas las dificultades con esa intención:

¿Por ventura, dije, no han sostenido los que defienden la opinión contraria que el cuerpo, dado que es compuesto, se disuelve totalmente en las partes de que consta? Disuelta la coalición y masa compacta de los elementos que hay en el cuerpo, cada uno de ellos, como es justo, es llevado inclinado y vuelto a lo suyo, contribuyendo a ello la misma naturaleza de los elementos mediante cierta atracción que les es necesaria, porque son del mismo género (2). Pues lo cálido se unirá nuevamente con lo que en nosotros es cálido, y con lo sólido y duro lo que es de tierra; y cada uno de los restantes retorna y se retira a su semejante.

¿Adónde irá luego el alma? Si alguno dijere que ella está en los elementos, concederá que ella es necesariamente una misma cosa con ellos y hasta llegará a asegurarlo. Pues no es posible mezcla alguna con un elemento extraño que es de naturaleza diversa y, si esto es así, aparecerá como una cosa diversa, ya que está mezclada con cualidades contrarias; lo que es vario no es simple, sino que se considera absolutamente en composición. Mas todo lo que es compuesto necesariamente es también disoluble. La disolución es corrupción de lo que está compuesto; lo que se corrompe no es inmortal, pues de otra manera también la carne podría decirse inmortal, pues se disuelve en los elementos de que consta. Pero si es algo diverso de los elementos, ¿dónde dice la razón que está ella (el alma), pues que no se encuentra en los elementos por ser de naturaleza diversa, y no hay en el mundo otro lugar en el cual pueda situarse el alma viviendo de manera conveniente y acomodada a su naturaleza? Mas lo que no está en ninguna parte, de ninguna manera existe.

2. *Doctrina de los Estoicos y Epicúreos sobre el origen del mundo y del alma. Refutación de las mismas. Teoría de los mismos acerca del conocimiento.*

MACRINIA. —La maestra, después de haberse lamentado de lo que yo había dicho: Quizá, dijo, profirieron tales cosas contra el Apóstol los Estoicos y Epicúreos que vivían en Atenas. Pues he oído decir que Epicuro se inclinaba en sus opiniones a la sentencia de que la naturaleza existe por sí sola y se ha formado al acaso y por cierto concurso fortuito, como si ninguna providencia pesase sobre las cosas y penetrase en ellas. Y como una consecuencia de esa doctrina estimaba que la vida humana, o el cuerpo humano, era a modo de una bola inflada por cierto espíritu (o gas) que perdura mientras ese espíritu sea cohibido y ceñido por el aire que le rodea; pero apenas dicho tumor fuere quebrantado y disuelto, se extinguirá lo que interiormente se hallaba cohibido y encerrado.

Para Epicuro el término y fin de las cosas naturales es el que a simple vista aparece; y estimaba que el único medio para conocerlas todas son los sentidos, y como considera totalmente cerrados y obtusos los órganos e instrumentos de los sentidos del alma y como ninguna de las cosas incorpóreas y que son perceptibles por el alma pueden en su opinión ser de hecho percibidas, de ahí que

los sentidos permanezcan como encerrados y ocultos en una casita, privados de las maravillas celestiales e imposibilitados por las paredes y por el techo de contemplar las cosas que se hallaren fuera. Pues paredes de tierra son todas las que en el mundo se ven caer en el campo de los sentidos, ya que se hallan dotados de una capacidad inferior, de una como pared por sí misma interpuesta ante las cosas que se ven con la mente y la inteligencia, causa por la cual resisten y se oponen a ser contempladas. Quien así es, ve la tierra, el agua, el aire, el fuego; pero a causa de la pobreza del alma no puede percibir de dónde procede cada una de esas cosas, o por qué causa, o por quién son cohibidas, comprendidas y contenidas. Quien contemplare un vestido, por medio de razones es llevado a conocer al tejedor; por medio de la nave conoce al armador, y del mismo modo apenas se contemplare un edificio, la mano del constructor se presenta a la mente de los que lo miran, pero si los tales contemplan el mundo, se ciegan y se alucinan ante Aquél que por el mundo es dado a conocer (ante el Creador). Por lo cual ocurre que quienes enseñan en sus sistemas la abolición y destrucción del alma, expongan como cosas sabidas y penetradas que el cuerpo está formado por elementos, que los elementos proceden del cuerpo, que el alma no puede existir por sí sola, sino que o es alguno de aquéllos (elementos) o por lo menos que está en ellos. Por esta causa, si los adversarios opinan que ella (el alma) no está en ninguna parte, el alma no es del mismo género y naturaleza que los elementos; los tales enseñan en primer lugar ser inanimada la vida que hay en el cuerpo (pues no es un cuerpo y concurso de elementos) y por consiguiente que en los elementos no hay alma alguna que por sí misma vivifique aquella concreción y mezcla; porque es imposible además, como opinan, que permaneciendo los elementos exista también el alma, de donde se deduce que los tales demuestren que nuestra vida no sea otra cosa que una vida muerta. Si no dudan que el alma esté ahora en el cuerpo, ¿por qué razón estiman y enseñan que, una vez disuelto el cuerpo en elementos, el alma se arruine y perezca? Se atreven, además, a murmurar y lanzar improperios semejantes contra la naturaleza divina. Pues ¿cómo dirán que la naturaleza invisible, incorpórea, carente de materia, sólo perceptible por la mente, y que penetra en las cosas húmedas y blandas, cálidas y duras, contenga en esencia todas las cosas existentes; ya que se le reconoce

no poseer el mismo género que las cosas en que está, ni pueda estar en ellas por el hecho de ser de otro o diverso género? Luego, de su doctrina es preciso arrancar la misma Divinidad, en la cual todas las cosas se contienen y por la cual son conservadas.

3. *Por medio de las cosas visibles podemos conocer la existencia de Dios y sus divinos atributos. Testimonio de la Sagrada Escritura y de la razón.*

GREGORIO.—¿Cómo los adversarios, dije yo, pueden dudar y disputar acerca de que todas las cosas procedan de Dios y por Este sean contenidas y conservadas; o de que haya absolutamente alguna Divinidad que desde las alturas presida las cosas naturales?

MACRINIA.—Más útil y conveniente, dijo, es callar acerca de tales cuestiones y no dignarse dar respuesta a tan necias e impías proposiciones; porque una sentencia divina prohíbe responder al demente conforme a su demencia. *Totalmente estulto y necio*, dijo el Profeta (3), *es quien niega que Dios exista*. Pero, como es necesario hablar también de estas cosas, te daré una razón, no mía ni de cualquier otro hombre (pues sería muy poco valiosa, sea cual fuere), sino aquella que la creación explica y canta por medio de los milagros que hay en ella, cuyo oyente es el ojo por medio de las cosas que se ven, al resonar en el corazón la voz ingeniosa y creadora. *Pues la criatura con su clamor anuncia claramente al Creador y los mismos cielos*, como dice el Profeta (4), *cantan con voces inenarrables la gloria de Dios*. Quien, al contemplar y advertir la armonía (esto es, la unión y concatenación conspirante, conveniente y casi concordante) de todas las cosas y de los prodigios celestiales y terrestres y de qué manera los elementos, por naturaleza entre sí contrarios, se unen, se enlazan y se encadenan en cierta sociedad y comunión inefable y oculta, todos y cada uno para el mismo fin y con la misma intención aportando y contribuyendo con sus energías a la permanencia, duración e incolumidad del universo; y como según la propiedad de las cualidades ni puedan mezclarse ni asociarse, sin embargo ni se separan ni, mezclados entre sí y moderados por las cualidades contrarias, el uno es corrompido por el otro; antes bien aquellos que por su naturaleza se hallan inclinados a las alturas, tienden y son llevados hacia abajo, como el calor solar es llevado hacia abajo

por los rayos; y en cambio los cuerpos graves y pesados son llevados y sublimados a las alturas debilitados por los vapores, como el agua contra su naturaleza es llevada a las alturas transportada por un soplo a través de los aires, y en cambio el fuego etéreo es traído a la tierra de tal manera que las partes ínfimas de aquélla no estén desprovistas de calor, y además el líquido de las lluvias derramado sobre la tierra, siendo uno por naturaleza, produzca innumerables diferencias de semillas al adherirse y asentarse apta y acomodadamente sobre todas las cosas inferiores; y del mismo modo (al contemplar) la celeberrima conversión y revolución del eje hacia la órbita y círculo redondo y la moción contraria de los círculos interiores, y las sujeciones, los encuentros, las uniones, las digresiones y distancias de las estrellas, armoniosas, aptas, calculadas, constantes, convenientes e iguales; si alguien contempla con los ojos de la inteligencia y con la agudeza de la mente esas cosas, ¿por ventura no conocerá, por medio de las cosas que se ven, que una virtud divina primorosa e ingeniosa, que aparece en todas las cosas y que se extiende y esparce por todas ellas, ya adapta y acomoda las partes al todo, ya llena el todo con las partes y con una sola virtud reúne y encierra todas las cosas, mientras que ella misma permanece en sí misma, se mueve alrededor de sí misma, y nunca deja de moverse y no pasa a ningún otro lugar fuera de aquel en que se encuentra?

4. *El hombre es un microcosmo. A semejanza de lo que ocurre con el conocimiento de Dios, por medio del cuerpo podemos conocer lo que en él hay oculto, a saber: el alma humana. Este conocimiento nos dice que el alma es incorpórea, se mueve conforme a su naturaleza y muestra sus mociones por medio de los instrumentos corporales.*

GREGORIO.—¿Y de qué manera el mismo argumento, por el cual se cree que Dios existe, demuestra también que exista el alma humana? ¿No son una misma cosa Dios y el alma, de tal manera que, al conceder lo uno, de ninguna manera se llegue a dudar de lo otro?

MACRINIA.—Pero ella replicó: Dicen los sabios que el hombre es un pequeño mundo que en sí contiene todos los elementos de que consta y está formado el universo. Si esta opinión es verda-

dera, según parece, tal vez no tengamos necesidad de otra ayuda para confirmar la opinión que hemos concebido acerca del alma. Estimamos que ella por sí está dotada de naturaleza propia, peculiar, eximia, distinta y diversa del cuerpo que consta de partes densas. Así como, al conocer todo el mundo con el auxilio de los sentidos, esa misma acción y eficiencia de nuestros sentidos nos lleva a la consideración y noción de las cosas, de la opinión y del entendimiento que supera a los sentidos; y el ojo es para nosotros intérprete de la omnipotente sabiduría, que se ve ciertamente en la totalidad de las cosas, y nos indica por sí solo a aquél que por medio de ella (la sabiduría infinita) es el único en comprender y abrazar a todas las cosas; del mismo modo, cuando vemos a ese mundo que hay en nosotros, no tenemos poca ayuda en las cosas que se ven para llegar por conjetura, aun al conocimiento de lo que está oculto. Lo que en sí está oculto y escondido es aquello que es percibido por la mente y la inteligencia, porque carece de forma y escapa a la observación de los sentidos.

GREGORIO.—Pero la Divina Sabiduría, que desde los cielos, como desde una ciudadela, preside y gobierna a todas las cosas, puede ser advertida y estimada en la distinción, descripción y colocación apta, armoniosa, conformadora y acordada por medio de las disposiciones ordenadas, ingeniosas y artificiosas que se observan en las cosas naturales. Mas ¿qué cosas puede ofrecer el conocimiento del alma a aquellos que investigan por medio de las apariencias lo que está oculto?

MACRINIA—Ciertamente, dijo la virgen, la misma alma, conforme al precepto conocido dado a los que desean *conocerse a sí mismos* (5), es maestra idónea y capaz de las opiniones y creencias sobre el alma, a saber: que es una cosa desprovista de materia e incorpórea, que se mueve y obra conforme a su naturaleza y que muestra sus mociones por medio de instrumentos corporales. La distribución y aparato de los instrumentos corporales queda, no obstante, en los que se extinguen y mueren; pero, como la virtud del alma ya no está en ella, permanece falta de movimiento y de acción. Sólo se mueve cuando está presente el instrumento del sentido, y por medio de la virtud y facultad de entender se extiende y llega juntamente con sus conatos y deseos, adonde le pareciere, moviendo al mismo tiempo a los instrumentos de los sentidos.

5. *Definición del alma. Sus funciones vitales y cognoscitivas con respecto a sí misma y a los sentidos. Razones y ejemplos.*

GREGORIO.—¿Qué es, pues, el alma? —pregunté—. ¿Puede tal vez de alguna manera ser designada y descrita su naturaleza, a fin de que por medio de su misma descripción y delineamiento sea de algún modo advertido y conocido lo que nos hemos propuesto?

MACRINIA.—Algunos, respondió la maestra, dieron razón de ella, definiéndola según su parecer; pero nuestra sentencia es como sigue: *El alma es una esencia engendrada, esencia viviente, intelectual, que por sí misma produce e infunde la facultad y virtud de vivir a los instrumentos corporales de los sentidos y de percibir las cosas que caen bajo los sentidos, mientras la naturaleza de esas cosas permanezca capaz.* Y cuando eso dijo, señaló con la mano al médico, que allí estaba sentado para atender a su curación corporal, y prosiguió: A nuestro alcance tenemos un testimonio de lo que acabamos de decir. ¿De qué modo, dijo, este hombre con el tacto de los dedos aplicado a la arteria, escucha en cierta manera con el sentido del tacto a la naturaleza que clama a él, que pregona sus afecciones y enfermedades, que hay una enfermedad a lo largo y en la tensión del cuerpo y que desde las entrañas ha brotado la enfermedad y que tanto se extiende y perdura la vehemencia del ardor? Y otras cosas parecidas percibe el ojo, cuando tiene relación, ya con la figura y estado del enfermo, ya con la pus y desfallecimiento de las carnes. Y de la misma manera la apariencia del color ya muy pálido, ya bilioso, y el aleteo de los ojos, espontáneamente inclinado al hábito del dolor y al síntoma de la tristeza, expresa la afección interior; y asimismo el oído es delator de cosas semejantes, conociendo la enfermedad, ya por la frecuente y reiterada dificultad de respirar, ya por el gemido que acompaña a la respiración. Tal vez dirá alguno que el olfato del médico no puede advertir y notar la enfermedad, sino sólo conocer una enfermedad latente en las entrañas por medio de cierto carácter de la respiración. ¿Por ventura esas cosas podrían tener lugar, si alguna fuerza, que es percibida por la mente y que cae bajo la acción de la inteligencia, no estuviese presente en cada uno de los instrumentos de los sentidos? ¿Qué nos podrían enseñar las manos por sí mismas, si el pensamiento de la mente y la

inteligencia no condujesen el tacto al conocimiento del sujeto? ¿Qué ayuda podrían prestarnos el oído separado de la mente, o el ojo, o la nariz, o cualquier otro instrumento de los sentidos, para el conocimiento de la cosa que buscamos, si cada uno de ellos se encontrare solo? Es una muy gran verdad, enseñada preclara y rectamente por un hombre eminente en las letras y las ciencias, que la mente es la que ve y la que oye. Si alguno dijese que eso no es verdad, ¿por qué razón, dime, cuando contemplas el sol de la manera que tu maestro te ha enseñado a hacerlo, no dices que es tan grande cuanto vulgarmente parece a los hombres a simple vista, sino que en amplitud y magnitud supera muchas veces a toda la tierra? ¿Acaso no afirmas confiadamente, y así lo estimas, haber seguido mentalmente por medio de las apariencias cierto movimiento, los intervalos y las distancias de tiempos y de lugares, y las causas de los eclipses?

Y cuando ves el aumento y disminución del tamaño de la luna, mediante la figura que aparece en el elemento, llegas al conocimiento de otras cosas, a saber: que ella (la luna) por propia naturaleza carece de brillo y que está situada y da vueltas alrededor del orbe próximo a la tierra; que de los rayos solares recibe la luz y el resplandor, como suele acaecer naturalmente en los espejos que, al recibir sobre su superficie la luz solar, no emiten resplandores propios, sino los de la luz del sol, luz que se refleja y reverbera en dirección contraria desde la superficie pulida, bruñida y tersa. Los que tal cosa contemplan sin examen y reflexión creen que el resplandor procede de la misma luna. Que esto no sea así, se demuestra por el hecho de que, colocada frente al sol, es inundada desde el lado opuesto en todo el círculo que mira a nosotros; pero en su corto y estrecho lugar y recorriendo más pronto el círculo en que se halla, antes que el sol haya completado una sola vez su carrera, la luna completará su órbita más de doce veces. Por lo cual ocurre que no siempre la superficie de la luna está cubierta de luz; porque la que muchas veces ejecuta su curso en menos espacio de tiempo, no permanece perpetuamente opuesta en su reiterado circuito al sol que recorre su órbita en un intervalo más largo de tiempo, sino que así como la posición de la luna opuesta al sol hace que toda la parte de ella, que mira a nosotros, reciba la luz y sea alumbrada por los rayos solares, del mismo modo cuando transversalmente estuviere opuesta al sol, porque la

parte media del globo lunar, que siempre está cara al sol, resplandece interceptada por el abrazo de los rayos solares, la otra parte en cambio, que mira a nosotros, está necesariamente envuelta por la sombra, al pasar el resplandor, desde la parte que no puede mirar al sol, a aquella otra que siempre le da la cara, hasta que penetrando en el órbita del sol por la espalda reciba los rayos. Así iluminada la media parte de la esfera, que está arriba, se substraee a nuestra vista la que mira a nosotros, pues por su propia naturaleza está desprovista de resplandor y de luz. Eso se llama plena y perfecta disminución del mismo elemento. Si nuevamente con el movimiento de su curso pasare al sol y se pusiere en dirección opuesta a los rayos del mismo, lo que poco ha carecía de luz comenzará a brillar, pasando los rayos desde la parte iluminada a aquella otra que hasta ahora carecía de resplandor.

¿No ves de cuántas cosas te es maestra la vista que por sí sola no te hubiese dado la consideración y conocimiento de tales cosas, si no hubiese algo que descubrir por medio de los ojos, algo que, utilizando como guías las cosas que se perciben por los sentidos, penetrase a través de lo que se ve en las cosas invisibles? ¿Qué necesidad hay de añadir los instrumentos geométricos que por medio de las figuras sensibles nos llevan como de la mano a las cosas que están sobre los sentidos, y otros mil por los cuales se muestra y se prueba, mediante las cosas que en nosotros se verifican corporalmente, que tiene lugar la comprensión y percepción de la esencia intelectual e invisible que está infusa, mezclada, moderada y escondida en nuestra naturaleza?

6. *Se objeta que hay en los mismos elementos una fuerza intrínseca que explica, sin necesidad de la influencia del alma los movimientos corporales. Se aduce como ejemplo lo que ocurre en las máquinas parlantes, como la flauta, en las cuales no está presente el alma.*

GREGORIO.—Si tenemos en cuenta que lo material es común a la naturaleza de los elementos, pero en cambio es grande la diferencia en cada una de las especies de la materia (pues les es contrario el movimiento, ya que el uno es llevado hacia arriba y el otro inversamente tiende hacia abajo, la especie no es la misma y la cualidad es diversa), ¿qué responderíamos si alguno dijese que hay en esos elementos una fuerza moderada por cierto orden y

proporción, inherente, casi incorpórea y consubstancial, que hace visibles las cosas que la mente percibe y ejecuta los movimientos por una natural propiedad y facultad?

Observamos, en efecto, muchas cosas ejecutadas por los artífices de las máquinas, en las cuales la materia hábilmente dispuesta imita a la naturaleza, no mostrando solamente la semejanza en la forma, sino también en el movimiento y representando cierta voz fingida al resonar la máquina en la boca; y sin embargo no advertimos en uno y otro caso que haya en ellas una virtud dotada de inteligencia que detalladamente haga y ejecute la figura, la fisonomía, el sonido y el movimiento.

Si decimos que en el instrumento mecánico de nuestra naturaleza se hacen también esas cosas, sin que en él se vea mentalmente ninguna naturaleza infusa, sino una facultad excitante de mover inherente a la naturaleza de los elementos, que hay en nosotros, y que esta acción es efecto igualmente de algo que no es sino cierto movimiento impulsivo, que versa y se ocupa en el conocimiento de las cosas que deseamos y ejecutamos ¿demostrarán acaso esas cosas que aquélla (facultad o virtud) sea racional, participante de inteligencia y naturaleza incorpórea del alma, o no lo demuestra?

7. *Macrinia vuelve a favor de su tesis la objeción de las máquinas parlantes, que han necesitado la acción de la inteligencia humana para poder imitar a la naturaleza. Definición del arte. Continuidad de la materia.*

MACRINIA. — Pero ella dijo: Así como el ejemplo propuesto ayuda y defiende nuestro discurso, de la misma manera toda estructura y coordinación de la dificultad que se nos opone contribuye no poco a confirmar nuestra sentencia.

GREGORIO. — ¿Por qué dices eso? — pregunté —.

MACRINIA. — Porque conocer, tratar, disponer y acomodar la naturaleza inanimada, para que el arte, que ha sido aplicado a las máquinas, casi esté en la materia en lugar del alma, puesto que representa el movimiento, el sonido, la figura y otras cosas semejantes, sería suficiente para demostrar que hay algo en el hombre que, por medio de la facultad contemplativa e inventora, pueda naturalmente no sólo considerar en sí mismo, advertir y concebir con la mente esas cosas, sino también crear con su inteligencia y

preparar de antemano las máquinas y así después por medio del arte llevarlas a la acción y por medio de la materia expresar el concepto de la mente. Pues advierte en primer lugar que para emitir la voz hay necesidad del viento; luego pesa con la razón de qué manera debe ser concebido el viento de la máquina teniendo en cuenta la naturaleza de los elementos, porque nada hay vacío en las cosas naturales (6), sino que por la comparación con lo grave lo leve se considera y se llama vacío, porque hasta el mismo aire en sí y por su propia naturaleza es sólido y está lleno. El vaso se dice vacío por corruptela, cuando no contiene algún líquido; sin embargo, el hombre entendido asegura que está lleno de aire. Una señal de lo que decimos la tenemos en que el ánfora, aplicada a un estanque, no se llena rápidamente de agua, sino que primeramente, por estar recogido y encerrado interiormente el aire que eleva hacia arriba la parte cóncava, el ánfora flota sobre la superficie del estanque, hasta que sea cogida en el fondo por la mano del sediento, y entonces el ánfora recibe el agua por su boca. Este hecho nos demuestra que no estaba vacía antes de ser llenada por el agua. Se advierte una lucha de los dos elementos alrededor de la boca, cuando el agua por su gravedad y su peso penetra e irrumpe en la parte cóncava; pero el aire, que se halla recogido en la parte cóncava, estrechado cerca del agua se desliza por la boca en dirección contraria y fluye hacia atrás, de tal modo que el agua sea como interrumpida y obstaculizada por él y rechazada, repelida por la fuerza del aire y echando espumas emita un sonido como desde una concha. Y advierte estas cosas y conoce por medio de la naturaleza de los elementos de qué modo el aire sea introducido en las máquinas. Porque haciendo una concavidad en una materia sólida y dura, y encerrando, cohibiendo y comprimiendo el aire para que no se escape; y midiendo la cantidad de agua con arreglo a la necesidad presente, introduce aquélla por la boca en la parte cóncava. Luego da paso al aire hacia una flauta opuesta y entonces el aire, oprimido con vehemencia y acosado violentamente, se convierte en energía, irrumpe y cae en el mecanismo de la flauta y produce el sonido.

¿No se demuestra por lo tanto evidentemente, por medio de las cosas que se ven, que hay una mente, cosa muy distinta de lo que se ve, que es invisible, informe y está dotada de inteligencia

por propia naturaleza y que preparando las cosas pensadas interiormente, inmediatamente después y por medio de la materia saca al aire libre y a la plaza pública la inteligencia interiormente agitada y forjada? Si, conforme a la objeción que nos ha sido opuesta, fuese posible asignar a la naturaleza de los elementos obras tan maravillosas, las máquinas serían en absoluto fabricadas espontáneamente y al acaso; y ni el bronce esperaría al arte para llegar a convertirse en una estatua varonil, sino que tal cosa sería producto de la naturaleza; ni el aire tendría necesidad del tubo para emitir el sonido, sino que siempre sonaría por sí solo, ya que fortuitamente fluiría y se movería; ni para que tuviese lugar el paso del agua a través de la flauta hacia lo alto, sería necesario el arte, que produce y concentra el movimiento, fuera de la naturaleza por medio de las impulsiones hacia arriba, sino que espontáneamente el agua subiría, ya que por su propia naturaleza sería llevada hacia arriba. Pero si ninguna de estas cosas es ejecutada espontáneamente por la naturaleza de los elementos, sino por el arte, se verá adónde va a parar todo esto: el arte es una inteligencia estable y firme que por medio de la materia ejecuta algo propuesto e instituido (7), y la inteligencia de la mente es un movimiento y eficiencia. Además, la lógica de cuanto hemos dicho nos ha demostrado con toda certeza, valiéndonos de las mismas objeciones opuestas, que la mente es algo distinto de lo que se ve.

8. *Hasta aquí, se objeta, sólo se ha estudiado lo que el alma no es, a saber: inmaterial. Es preciso saber lo que es.*

GREGORIO.—Yo le repliqué: También yo sostengo que lo que se ve sea distinto de lo que no se ve; pero en este raciocinio no veo lo que se busca. Todavía no está claro para mí qué sea lo que no se ve, sino únicamente que sea algo no material; aún no he llegado a conocer qué sea necesario decir acerca de ese algo. Yo desearía conocer, no lo que no es, sino lo que es.

9. *Al decir lo que el alma no es, entendemos lo que es. Ejemplos.*

MACRINIA.—Pero ella contestó: Mucho sabemos acerca de gran número de cosas cuando decimos que un algo determinado no es la esencia de la cosa que deseamos conocer, significando

finalmente lo que la cosa es (8). Cuando decimos, por ejemplo, ἀπόνηρον, esto es: *no pravo* o *no malo*, queremos decir: bueno; cuando llamamos a uno ἀνάνδρον esto es: *no varón*, lo calificamos de tímido; y muchas otras cosas de ese mismo jaez podemos decir, por medio de las cuales, o queremos expresar un concepto más benigno mediante la negación de malas cualidades, o contrariamente nos inclinamos a una opinión menguada, juzgando por la substracción de las buenas cualidades lo que es pravo o malo. De la misma manera, si alguno considerare el asunto de la presente cuestión, no estará lejos del concepto y opinión que el asunto requiere para indagar y escudriñar lo que nos proponemos.

Se pregunta qué es necesario estimar sea la mente según su misma esencia. Quien, pues, deseara saber qué sea aquello de que se trata por la eficiencia que nos muestra, no duda poder alcanzar suficientemente y hasta con exceso lo que la cosa sea, si quiere saberlo. Pues, si llegare a saber que no es aquello que se percibe por los sentidos, a saber: la carencia de color, de figura, de dureza, de peso, de cantidad, la falta de división que suele hacerse en tres, la falta de posición en un lugar y, en general, la carencia de todo aquello que percibimos en la materia, ciertamente ha llegado a conocer que es una cosa distinta de la materia (9).

10. *Si del alma se substraen las cualidades de la materia, se objeta, el alma no es nada.*

GREGORIO.—Pero yo, interrumpiendo sus palabras, dije: Ignoro, si todas esas cosas (las cualidades de la materia) se substraen al discurso, qué podría hacerse, para que con ellas no sea anulado y borrado lo que se busca. Pues todavía, en mi opinión, no se ve por ninguna parte qué sea lo que sin esas cualidades materiales envuelvan el cuidado y la diligencia puestos en el acto de percibir, ni a qué cosas van aquél y ésta unidos. Porque en todas partes, en la investigación examinadora y en la inteligencia escudriñadora, al palpar lo que se busca, como unos ciegos que se dirigen hacia la puerta guiados por las paredes, encontramos ciertamente algunas de las cosas dichas, a saber: el color, la figura, la cantidad o alguna otra de las cualidades enumeradas por ti; y cuando se dice que no es ninguna de esas cosas, por la pobreza de nuestra alma somos llevados a estimar que lo que buscamos no es nada.

11. *Absurdo de la objeción precedente: Iría contra la existencia de Dios y sus divinos atributos.*

MACRINIA.—Pero ella, indignada por lo que yo decía, exclamó: ¡Ay qué cosa más inoportuna y absurda! ¡A qué extremo es llevado y abandonado el juicio de un pobre ingenio, pusilánime y abyecto acerca de las cosas que son conocidas por la mente! Porque si de las cosas naturales echamos a un lado lo que no es conocido por los sentidos, quien tal cosa dijere de ninguna manera podrá reconocer aquella virtud y potestad que rige y preside todas las cosas, que las abraza a todas ellas; y si llegare a percibir que la naturaleza divina es incorpórea, informe e invisible, estimará por consiguiente que en absoluto no existe. Pero, si entonces, por el hecho de no existir esas cosas, tampoco existe la prescripción y desaparición de la misma esencia de ellas, ¿de qué manera la mente humana es arrancada y excluida de las cosas naturales, para que sea consumida juntamente con el despojo de las propiedades corporales?

12. *No háy panteísmo en la doctrina ortodoxa acerca del alma. Dios y el alma no son idénticos, sino semejantes. El alma humana está presente en los elementos corporales durante la vida presente y después de la disolución.*

GREGORIO.—Luego de un absurdo, y por consecuencia, sacamos a su vez otro absurdo; porque el discurso nos ha llevado a estimar que nuestra mente es una misma cosa con la naturaleza divina, dado que por la substracción de las cosas perceptibles por los sentidos se entienden ambas cosas (Dios y el alma).

MACRINIA.—No digas eso, respondió la maestra (pues eso es impío), sino di que esto es semejante a aquello, como lo enseñó la palabra divina (10). Porque lo que ha sido hecho a imagen y semejanza, posee bajo todos los aspectos la semejanza de la forma principal y ejemplar: la intelectual, de lo que es intelectual; la incorpórea, de lo incorpóreo; de toda mole corpórea es también igualmente libre; como él, escapa a toda dimensión espacial; pero es distinto de él en cuanto a la propiedad de la naturaleza (11). Pues ya no sería imagen, si bajo todos los aspectos: bajo lo intelectual, bajo lo incorpóreo, bajo la carencia de intervalo, fuese una misma naturaleza con él; pero aquello que se observa en la naturaleza increada es lo que vemos en la naturaleza

creada y por los mismos medios. Y así como en un pequeño trozo de vidrio, cuando es expuesto a la acción de los rayos solares, se percibe todo el sol, no apareciendo en él según toda su magnitud, sino como la pequeñez del pedazo permite y admite la imagen y representación del círculo; del mismo modo en la pequeñez de nuestra naturaleza resplandecen las imágenes de las propiedades inexplicables de la divinidad, para que la razón humana llevada por ellas como de la mano no decaiga y yerre en la aprehensión y conocimiento de la naturaleza de la mente, si en el examen de la cuestión la propiedad corporal fuere rechazada y apartada; y además para que contrariamente no deduzca que la pequeña y mortal naturaleza sea una misma cosa con la naturaleza invisible e inmortal, sino estime que su naturaleza es percibida ciertamente por la razón e inteligencia; y no diga que la imagen es idéntica a la forma principal y original por el hecho de ser la imagen de la naturaleza comprensible para la mente.

Así como por la arcana e inefable sabiduría de Dios, que resplandece en todas las cosas, no dudamos de que la naturaleza y potestad divina estén en todas ellas, para que todas permanezcan en su esencia (aunque, si alguien buscare y exigiese la razón de naturaleza, la de Dios está muy lejos y es muy diversa de las cosas singulares; consta sin embargo que está allí lo que por naturaleza está muy distante y es diverso, del mismo modo no es absolutamente increíble que sea un obstáculo para la existencia de la naturaleza del alma (cualquiera que finalmente ella sea) el hecho de que las cosas, que son consideradas en el mundo como elementos, no le convengan por razón de naturaleza. Pues, como antes se ha dicho, ni en los cuerpos vivientes, cuya naturaleza consta de la mezcla de elementos, tiene el alma, simple, invisible e informe por naturaleza, comunidad alguna con la coagulación y agrupación de cuerpos; sin embargo, no se duda de que la vital eficiencia del alma, por una razón que supera la advertencia y conocimiento humanos, esté mezclada y difundida en ellos. Por consiguiente, aun disueltos en sí los elementos que hay en el cuerpo, no parece lo que por vital eficiencia ella recoge y reúne. Pero así como, mientras permanezca y perdure la reunión de los elementos, al penetrar el alma en todas las partes que completan y constituyen el cuerpo, cada uno de ellos es animado y nadie dirá que es sólida y dura el alma, que está mezclada con lo terreno, o que es húmeda

o está dotada de una cualidad opuesta a lo frío esa alma que está en todas las partes y elementos y que a todos infunde fuerza vital; del mismo modo, disuelta la agrupación y reducida nuevamente a las cosas propias y semejantes, no es inverosímil e improbable que aquella naturaleza simple y sin composición esté presente en cada una de las partes, después de la disolución, y que ella, que por una razón oculta e inefable permanece unida con la aglomeración de los elementos, permanezca perpetuamente con aquellos con los que está mezclada, y se estime que de ninguna manera se aparte de aquella coalición y concreción que una vez tuvo lugar. Pues no porque el compuesto se disuelva, se sigue de aquí necesariamente que al mismo tiempo que el compuesto, se disuelva también lo que no es compuesto (12).

13. *No es posible, se objeta, que el alma esté en los elementos y por lo tanto es mortal.*

GREGORIO.—Pero yo contesté: Nadie se atreverá a contradecir que los elementos no sólo se unen y se juntan, sino que también se separan y se disgregan y que esto es, en el primer caso, constitución del cuerpo y, en el segundo, su disolución. Mas porque se entiende que hay gran diferencia entre cada uno de aquellos elementos que son de diverso género, ya según la posición local, ya según la diferencia y propiedad de las cualidades, pues concurren entre sí alrededor del sujeto, es muy adecuado que la naturaleza intelectual carente de dimensión, que llamamos alma, se adhiera y una a aquello que así está unido; pero, si esos elementos estuvieren separados unos de otros y sacados de allí, sea cual fuere el lugar adonde les conduzca la naturaleza, también el alma sufrirá, una vez esparcido su vehículo en muchas partes, acá y allá; y así como el marinero, cuando la nave hubiese sido disuelta por un naufragio, habiendo sido esparcidas las partes por diversos lugares del mar, no puede al mismo tiempo reunir las todas (porque si primeramente recogiese alguna de ellas, mientras tanto el mar se llevará las demás), del mismo modo el alma, cuya naturaleza es tal que no pueda romperse al separarse los elementos, porque no puede librarse y desembarazarse del cuerpo, la consecuencia de todo esto será que, si se uniese a uno cualquiera de los elementos, será por los otros arrancada e imposibilitada de hacerlo

y que tan inmortal será considerada la que viva en uno solo como mortal la que no viva en muchos.

14. *Por ser inmaterial, el alma ni se divide ni se despedaza y puede estar por lo tanto en los elementos que formaron el cuerpo a que ella estuvo unida. Moraleja.*

MACRINIA.—Ni se contrae, dijo, ni se difunde lo que es conocido por la mente y percibido por el pensamiento y es ajeno a toda disgregación (pues el contraerse y difundirse sólo es propio de los cuerpos); sino que igualmente, según su naturaleza que es invisible, informe e incorpórea, está presente en los elementos unidos y coaligados que en los separados y disgregados, y ni es oprimida y estrechada por los elementos sujetos a la unión, ni es abandonada por aquellos que vuelven a sus semejantes y que les son naturales, a pesar de aquella gran diferencia que se ve y advierte en la diversidad de los elementos. Pues existe gran diferencia entre lo que, siendo ligero, es llevado hacia arriba y lo que es grave y terreno; entre lo cálido y lo frío; entre lo húmedo y su contrario. No obstante, sin ninguna dificultad la naturaleza intelectual, única cuya existencia es manifestada por la mente y que es percibida por el pensamiento, está presente en cada uno de aquellos a los cuales una vez estuvo adherida, ni por efusión, por sacudimiento y desunión violenta, es hecha pedazos por la oposición de los elementos. Pues no porque, a causa de la disposición del lugar y de una cierta propiedad se estimen los elementos muy separados entre sí, por eso la naturaleza inseparable y carente de separación y espacio se une con gran dificultad y difícilmente con los que están separados entre sí por el lugar, por la sencilla razón de que también ahora la mente puede contemplar el cielo y extenderse con curiosa investigación hasta los límites del mundo; y, sin embargo, la parte contemplativa de nuestra alma no se separa violentamente al extenderse a tan grandes extensiones. Luego nada impide que el alma esté igualmente en los elementos del cuerpo, ya estén éstos moderados por la concurrencia, ya sueltos por agitación, por separación o disgregación. Pues así como en el oro y en la plata derretidos se observa una virtud que ha fundido esas materias y si nuevamente fuere separado uno de la otra por desleimiento, sin embargo en el uno y en la otra permanece la razón del

arte; y si la materia fuere dividida, el arte no se hace pedazos juntamente con la materia (¿cómo podría dividirse lo indivisible?); por la misma razón la naturaleza del alma, que es manifestada por la mente y percibida por el pensamiento y que se observa en el concurso de los elementos y, resueltos éstos, no se separa ni se segrega, sino que permanece en ellos y, juntamente con la extensa separación de ellos, ni se corta ni se interrumpe, ni se divide en partes ni en pedazos, pues esto es propio solamente de la naturaleza corpórea y discontinua; mas la naturaleza incorpórea, intelectual, invisible y desprovista de dimensión y división, ni recibe ni admite las perturbaciones y acaecimientos originados por la distancia y la discontinuidad.

Por consiguiente, el alma está en aquellos elementos donde una vez estuvo, sin que necesidad alguna la arranque de aquella coherencia por la que estuvo unida y creció con ellos. ¿Qué hay en todo esto de triste, de acerbo y digno de la depresión del ánimo, si lo que se ve se cambia con lo invisible? ¿Por qué causa tu mente está irritada con la muerte?

15. *Las pasiones no son corporales, lo mismo que el alma, objeto Gregorio. Luego, o todas las pasiones son almas, o la que llamamos alma tampoco lo es en realidad.*

GREGORIO.—Pero yo, habiendo revuelto y repetido en mi interior la definición del alma que ella había dado más arriba, contesté que aquel raciocinio sobre que el alma sea una naturaleza intelectual y que engendra en el instrumento corporal la energía vital para la eficiencia y aplicación de los sentidos, no me había demostrado suficientemente a mí, que consideraba y revolvió en mi ánimo todas esas cosas, los poderes y virtudes que se ven en el alma. Porque nuestra alma no solamente es eficaz y laboriosa acerca de aquella agitación de nuestra mente por la cual percibimos y contemplamos las ciencias, ejecutando tales actividades por medio de aquella fuerza que le es natural y que consta de mente y de inteligencia y además no sólo gobierna únicamente los órganos e instrumentos de los sentidos para su natural eficiencia y operación, sino que se perciben en su naturaleza muchos movimientos de la concupiscencia y muchos movimientos de ira, ya que vemos que en nosotros existen generalmente unos y otros movimientos y observamos que los tales van a parar, en las accio-

nes y eficiencias de ambos, a muchas y variadas diferencias. Pues nos es dado advertir muchas cosas de cuya capacidad de ambición son tales movimientos autores y guías; muchas cosas, además, nacen de la causa excitante de la ira y ninguna de esas cosas son cuerpos; mas lo que es incorpóreo, es intelectual y sólo es percibido por la mente. Efectivamente, la definición expresó que el alma es una cosa intelectual, conocida y comprendida por sola la mente, de modo que de tal raciocinio nazca necesariamente uno de estos dos absurdos: o que la ira y la concupiscencia sean otras almas existentes en nosotros y por lo tanto que, en lugar de un alma sola, conozcamos y advirtamos la existencia de una multitud de almas; o estimemos que ni siquiera sea alma esa fuerza agitadora e intelectual de la mente que hay en nosotros. Porque demostrará que todo lo intelectual, lo conocido y comprendido por sola la mente y acomodado igualmente a todos (esos movimientos) es alma, o se eximirá y exceptuará de la propiedad del alma a cada uno de ellos.

16. *Las pasiones están en el alma, pero no son el alma, pues el alma es semejante a Dios y en éste no hay pasiones. Lo propio del hombre es la razón; las pasiones son comunes a los animales. Opiniones de Platón y Epicuro. Doble del arte dialéctico. Sólo la Sagrada Escritura tiene valor para nosotros.*

MACRINIA.—Este argumento, contestó, ya ha sido esgrimido por muchos y por consiguiente tú también lo empleas ahora a saber: ¿qué conviene entender por *ζό επιθυμητικόν* esto es, *la fuerza de la concupiscencia*; *ζό θυμοειδές* es decir, *la fuerza excitante de la ira*? ¿Han sido infundidas simultáneamente desde el principio en la naturaleza del alma, como una coesencia o cosubstancia, y han existido en el mismo instante de la creación y constitución de ella (del alma), o son algo distinto de aquélla y nos han sobrevenido con posterioridad?

Todos admiten justamente que (tales movimientos) se perciben en el alma; todavía, sin embargo, no se ha alcanzado la razón plena y perfecta acerca de lo que sea necesario pensar sobre ellos, de modo que se tenga una opinión firme acerca de los mismos; antes al contrario, el vulgo permanece dudoso y emite las más diversas, vagas y falsas opiniones. Siendo suficiente para la demostración de la verdad la filosofía extraña (13), que artificiosamente

ha disputado y tratado de estos asuntos, nos parece superfluo añadir cosa alguna a los comentarios de aquélla acerca del alma. Mas porque el comentario de los filósofos, tal como a ellos les ha parecido conveniente y adecuado, es hijo de la licencia y del arbitrio y en cambio nosotros no nos consideramos autorizados para hacer uso de tales licencias para decir lo que queremos, pues tenemos por regla y ley de la divina doctrina utilizar la Sagrada Escritura y sólo a ella dirigimos nuestra mirada, nos limitaremos a aprobar y a admitir sólo aquello que conviniere y estuviere de acuerdo con la mente de la Escritura (14). Haciendo caso omiso del carro de Platón y del tronco de caballos uncidos a ese carro, dotados de ímpetu y anhelos distintos y gobernados por un cochero, con todo lo cual en enigma y como bajo un velo filosofa sobre el alma (15), dejando a un lado cuanto enseña aquel filósofo que vino detrás de Platón (16), filósofo que persigue artificiosamente las cosas que se ven y que, examinando y tratando diligentemente lo mismo que ahora nos proponemos nosotros, aseguró y estimó, tomando por argumento tales cosas aparentes, que el alma es mortal; prescindiendo asimismo de todos aquellos que existieron antes o después de ellos (17), que enseñaron filosofía ya en prosa suelta, ya en verso, propongamos en nuestro discurso la Escritura divinamente inspirada y establezcamos adónde se encamina y qué pretende cuanto la Sagrada Escritura ha establecido, para que juzguemos que nada eximio e insigne existe en el alma que no sea propio también de la divina naturaleza. Pues quien dijo que el alma es una semejanza de Dios, manifestó por consiguiente que cuanto sea ajeno a Dios cae fuera de la definición de alma.

Porque, en efecto, la semejanza no puede conservarse en cosas diversas y diferentes. Luego, como quiera que ninguno de esos (movimientos de la concupiscencia y de la ira) se perciban en la naturaleza divina, nadie por consiguiente podrá estimar con rectitud que los tales movimientos sean inherentes y como coesenciales al alma humana.

Rehusaremos y prescindiremos de confirmar nuestros dogmas y sentencias con el arte dialéctica, esto es, por medio de la ciencia que recoge y resuelve las razones y silogismos, porque esa clase de argumentos es débil y sospechosa para la demostración de la verdad. Es cosa evidente y manifiesta a todos que la dialéctica y curiosa sutileza tiene igual valor para ambas partes, a saber: tanto